



EDITORIAL

El golpe de 1964, la dictadura y la historiografía

O golpe de 1964, a ditadura e a historiografia

Rodrigo Patto Sá Motta*
Traducción de Brasil Fernandes de Barros **

En la época en que vivimos, marcada por tantas polémicas relacionadas con el pasado reciente, es imposible comentar la historiografía dedicada al golpe de 1964 y a la dictadura sin señalar que el tema se ha vuelto más presente y actual, a la vez que más controvertido y peligroso, por lo que es imprescindible el debate público, ya sea en la esfera pública tradicional o en las novísimas redes sociales.

Desde hace algunas décadas, la teoría de la historia cuestiona las visiones tradicionales (procedentes de la historiografía moderna) sobre el tiempo y los fenómenos de temporalidad, que se basaban en una perspectiva linear de las relaciones pasado-presente-futuro, como si formaran una secuencia perfecta y unidireccional. Citando a Chris Lorenz, cuyo trabajo se basa en la obra de Reinhart Koselleck¹, las líneas divisorias entre temporalidades no siempre son nítidas. En palabras del filósofo e historiador Lorenz, a menudo son opacas o borrosas², de modo que lo que ha pasado puede seguir presente de diferentes maneras, en contraste con la visión moderna de que el pasado es una realidad

* Doctor en Historia por la Universidad de São Paulo. Máster y licenciatura en Historia por la Universidad Federal de Minas Gerais. País de origen: Brazil. E-mail: rodrigomotta@yahoo.com.br.

** Doctorado y Maestría en Ciencias de la Religión por la Pontificia Universidade Católica de Minas Gerais. Becario del Programa de Desarrollo de Postgrado (PDPG) - Puesto Estratégico de la CAPES. ORCID: 0000-0002-5285-4871. Correo electrónico: brasil@netinfor.com.br.

¹ Koselleck, R. *Futuro passado. Contribuição à semântica dos tempos históricos*. Rio de Janeiro: Contraponto: Ed. PUC-Rio, 2006.

² Lorenz, Chris. Blurred Lines - History, Memory and the Experience of Time. *International Journal for History Culture and Modernity*. July, 2014.

muy lejana en relación con el presente y también con el futuro previsible (o deseable, según la perspectiva progresista moderna).

Así, y utilizando una sugerente metáfora propuesta por el mismo autor, el pasado no está necesariamente frío y muerto, ya que puede seguir estando muy presente en nuestro día a día. El tema de la presencia persistente del pasado está presente en expresiones muy comunes en la actualidad, como pasados que no pasan o pasados presentes, que expresan la idea de que el pasado sigue marcando nuestras vidas, nuestras percepciones del tiempo y, sobre todo, sigue teniendo un impacto en las disputas políticas actuales.

Estas reflexiones teóricas, que tienen implicaciones más complejas de las que sería posible discutir ahora (por ejemplo, la constatación de que la marcada presencia del pasado está relacionada con el «presentismo» y la crisis de las visiones progresistas del futuro³), se aplican claramente a la historia reciente o a la historia del tiempo presente, y en particular a la historia del golpe de 1964 y de la dictadura militar. Para utilizar de nuevo la metáfora de Lorenz de forma hipérbica, en nuestro caso el calor de este pasado es tan intenso que parece estar quemándonos.

Esta presencia de la memoria y del legado de las dictaduras recientes no solo es visible en Brasil, sino también en todo el Cono Sur e, incluso, en otras partes de América Latina y del mundo. Sin embargo, aunque no se trate de una jaboticaba ni sea un fenómeno restringido a Brasil, la presencia de la dictadura es singularmente aguda aquí, especialmente debido a dos factores. El primero tiene que ver con el acuerdo de acomodación que caracterizó la transición a la democracia en Brasil. Se han alcanzado acuerdos entre militares y civiles en otros países, pero es difícil encontrar un caso como el de Brasil, en el que las viejas y las nuevas élites gobernantes confluyeron en tal armonía, forjando un nuevo régimen político que buscó distanciarse de la dictadura sin rupturas, lo que incluyó un intento de borrar la memoria del período autoritario. Esta política deliberada de olvido, promovida por la llamada Nueva República, dificultó la educación de la población sobre las virtudes de la democracia y los males del autoritarismo.

³ Hartog, François. *Regimes de historicidade: presentismo e experiências do tempo*. Belo Horizonte: Autêntica, 2013.

También permitió que los militares permanecieran intactos y unidos en torno a un recuerdo positivo de la dictadura, por lo que eran más proclives a embarcarse en nuevos proyectos autoritarios.

El segundo factor esencial para entender la marcada presencia de la dictadura fue el giro a la derecha en la última década, que generó y fue generado por el fenómeno Bolsonaro. Habría mucho que decir al respecto, pero solo comentaré lo que es esencial para los fines de este texto: el escenario que llevó al ascenso de la derecha autoritaria implicó también el regreso de los militares a la escena pública y la revalorización de la memoria de la dictadura, lo que fue posible debido a la naturaleza ya mencionada de la transición.

El panorama estaría incompleto si no mencionara otros dos aspectos esenciales: la crisis política generada por Lava Jato, que ha desfigurado el sistema político brasileño desmantelando todos sus componentes, con especial impacto en las fuerzas moderadas de derecha; y el contexto transnacional, marcado también por el auge de los radicalismos de derecha en diversas partes del globo.

La suma de los factores mencionados favoreció el crecimiento de Bolsonaro y su ascenso al poder, lo que a su vez agravó el movimiento de revalorización de la memoria del régimen militar. Significativamente, el propio capitán-presidente utilizó sus redes (y las de la Presidencia de la República) para divulgar una memoria positiva de 1964. Por ejemplo, a los pocos meses de su gobierno, el 31 de marzo de 2019, ordenó a las instituciones militares conmemorar el acontecimiento, que en aquel momento negó que fuera un golpe de Estado que condujera a una dictadura. En los años siguientes, el presidente y sus comandantes militares retomaron el tema en repetidas ocasiones, buscando siempre afirmar un legado positivo para 1964, lo que implicó negar que hubiera habido un golpe y una dictadura; por el contrario, tales hechos fueron presentados como acciones democráticas para salvar al país del comunismo y el desorden.

Los seguidores de Bolsonaro hicieron un movimiento similar en las redes sociales y en los medios digitales, consiguiendo que estos mensajes circularan a gran escala. El impacto público de esta forma de nostalgia de la dictadura en

Brasil se revela de diferentes maneras, pero me gustaría destacar un detalle relevante. ¿En qué otro país es necesario explicar que el derrocamiento por la fuerza de un presidente elegido democráticamente equivalió efectivamente a un golpe de Estado? ¿Y, más aún, que el régimen político construido a partir de este episodio, mantenido bajo estricto control por los militares y sostenido por la coerción (aunque contara con el apoyo de una parte de la población), fue de hecho una dictadura?

Una de las consecuencias de esta politización derechista de la historia reciente ha sido empujar a los historiadores al centro de la tormenta, convirtiéndonos en blanco de la extrema derecha. Es importante señalar que este proceso ha tenido consecuencias más graves en el sistema escolar, ya que muchos profesores han perdido su trabajo debido a la persecución ideológica. En cambio, los historiadores del sistema universitario rara vez han perdido su empleo, al menos en el sector público. Aun así, han sido criticados (“dejen en paz a los historiadores”, dijo el ex presidente), amenazados en las redes sociales e incluso se ha intentado censurarlos, por ejemplo cuando se envió una lista de historiadores “inconvenientes” (estudiosos de la dictadura o de los movimientos LGBTQI) al CNPq a finales de 2019. Se trataba claramente de un intento de presionarles para que no recibieran financiación pública para sus investigaciones.

Así pues, en los últimos años, los riesgos para los investigadores de la dictadura han aumentado, al igual que nuestra responsabilidad académica y cívica. Movilizarse contra las amenazas autoritarias, cuya existencia revela la persistente presencia del legado de la dictadura militar, se ha convertido en un imperativo cívico en defensa de la democracia, pero también en favor del libre ejercicio profesional y de la historiografía académica. De ahí la intensificación de la acción pública de los historiadores que, además de su trabajo habitual en los sistemas de educación básica y superior, han ampliado su activismo en los medios de comunicación tradicionales, medios digitales y redes sociales, tratando de contrarrestar la avalancha de desinformación, *fake news*, negacionismo y otras formas de distorsión del conocimiento. Es difícil evaluar los resultados de esta movilización de sectores de la comunidad académica, medir si se han alcanzado sus objetivos y con qué eficacia. Me atrevería a decir que no se ha perdido el

tiempo, y que los esfuerzos para dar a conocer el tema deben continuar, con el fin de llegar más allá de las paredes de la escuela.

Sin embargo, es esencial que el esfuerzo de actuar en el espacio público vaya acompañado de la debida inversión en la producción de conocimiento original (no necesariamente por la misma persona, ya que es una ardua tarea investigar y divulgar los resultados). En el mismo sentido, el compromiso contra los nostálgicos de la dictadura, los negacionistas y otros falsificadores, que, para reiterar, es esencial e implica cierto grado de politización en defensa de los valores y las instituciones democráticas, no debe comprometer los resultados del trabajo de los investigadores universitarios para preservar su credibilidad. Al fin y al cabo, lo que distingue a la historia académica de otras formas de representar el pasado es el cuidado de los procedimientos metodológicos, el respeto a las fuentes, la disposición crítica ante las pruebas y la fundamentación en reflexiones teóricas encaminadas a obtener resultados más fiables.

Se puede objetar que los manipuladores de la historia a veces también movilizan la retórica académica en busca de credibilidad. Sin embargo, abandonar los procedimientos académicos o dudar de ellos públicamente no aportará respuestas adecuadas a los retos actuales. Al contrario, nos corresponde a nosotros demostrar que los discursos de los negacionistas y otros falsificadores son falaces y no merecen crédito público. Y esto pasa necesariamente por defender los procedimientos basados en la ciencia, que son esenciales para producir historias marcadas por la calidad y la credibilidad, además de ser un punto de partida para la batalla de la divulgación y para afrontar los enfrentamientos públicos.

Es a partir de estas consideraciones que quiero felicitar a los organizadores del dossier “60 años del golpe de 1964: religión, política y sociedad”, que publica oportunamente la revista *Horizonte*. Se trata de una importante contribución a un campo marcadamente transdisciplinar, ya que los estudios sobre la dictadura reúnen diferentes áreas de conocimiento vinculadas a los amplios campos de las humanidades y las ciencias sociales. Además, este dossier merece ser destacado no sólo por estar dedicado a un enfoque transdisciplinario, sino también porque aborda un tema esencial en vista del contexto y las acciones de la dictadura

militar.

De hecho, la década de 1960-70 es un campo fértil para el estudio del campo religioso en Brasil. Durante este período, se produjeron importantes cambios tanto dentro del campo como en las relaciones entre el Estado y las instituciones y prácticas religiosas. Se podría ir más lejos y decir que el periodo estuvo marcado por transformaciones significativas en el campo religioso brasileño. Por un lado, es importante no perder de vista que la dictadura se apoyó en discursos religiosos para legitimarse, en la medida en que sus líderes y partidarios afirmaban enfáticamente su compromiso en la lucha contra el comunismo ateo y a favor de la familia cristiana tradicional y de las llamadas buenas costumbres. Tales discursos fueron repetidamente utilizados para desestabilizar al gobierno de João Goulart y movilizar a sectores de la población a favor del golpe que derrocó a ese presidente (por ejemplo, en las famosas Marchas con Dios por la Familia y la Libertad), pero también para justificar las acciones represivas contra activistas de izquierda y movimientos sociales durante la dictadura. También es importante recordar que estas acciones y discursos de la dictadura fueron apoyados y bendecidos por algunos líderes religiosos, a pesar de que otros líderes cristianos denunciaron la violencia estatal contrarrestándola con humanismo y solidaridad.

Por otro lado, es importante recordar que durante la dictadura hubo una expansión del activismo de segmentos católicos de estirpe popular, contando eventualmente con el apoyo de algunos militantes protestantes, que buscaban acercar la religión a las demandas sociales distributistas y/o igualitarias, atrayendo en su contra a las fuerzas represivas de la dictadura que veían en tales movimientos la «mano oculta» de la infiltración comunista. Además, a partir de fines de la década de 1960 se produjo un cambio significativo en la relación entre el Estado y la jerarquía católica, que de una posición tradicional de coexistencia armónica con el poder establecido pasó a enfrentarse con los dirigentes de la dictadura, en defensa de grupos políticamente perseguidos y sectores socialmente excluidos, proceso que fue de la mano con el creciente impacto de las tendencias «progresistas» en los círculos católicos, sin que esto signifique generalizar esta situación para todas las instituciones católicas.

Otro proceso importante a destacar en aquellos años fue la expansión de las religiones protestantes, tanto tradicionales como neopentecostales, en muchos aspectos más conservadoras que las instituciones y líderes católicos, por lo que esta tendencia al crecimiento del cristianismo no católico fue apreciada (cuando no alentada) por el Estado dictatorial. Centrándonos en otra dimensión religiosa significativa, durante los años de la dictadura el Estado represor mantuvo una relación ambigua con las religiones afrobrasileñas, que, en muchos casos, continuaron siendo reprimidas, como había sido el caso durante décadas e incluso siglos en Brasil, mientras que, por otro lado, ciertos líderes estatales y militares cultivaron buenas relaciones con determinados grupos, especialmente en zonas del sudeste.

En resumen, los temas abordados y analizados en el dossier son esenciales para comprender temas religiosos relacionados con el golpe de 1964 y los años de la dictadura militar, pero que siguen planteando dilemas y desafíos muy actuales. Por lo tanto, vale la pena seguir investigando estos temas, para que en los próximos años veamos ampliarse y consolidarse esta área de estudio, preferentemente al mismo tiempo que se contienen las fuerzas autoritarias que actúan en nuestra región y en otras partes del globo, y se fortalece y mejora la democracia, basada en el respeto a la diversidad y al pluralismo, que incluye la tolerancia religiosa, y logrando una densidad social más allá de la simple institucionalidad liberal-democrática.